

# ACTUALIDAD

DOMINGO 2

MIRADA A UN FENÓMENO TAN INHUMANO COMO EL SECUESTRO

## Desaparecidos, el drama de las familias

“Ese domingo 18 de febrero, a las cinco de la tarde, unos pescadores llamaron desde Tuluá:

- Don Echeverry, encontramos a su hijo- le dijeron.

-¿Cómo así?

- Sí, acá lo tenemos. Véngase y raiga la plata.

Minutos después llegó a la casa de los Echeverry un teniente Jera, de la Policía, quien confirmó la versión de los pescadores: el cuerpo de Édison apareció en un sitio llamado Riofrío, cerca del puente General Santander”.

Diez días atrás, Édison, de 33 años, un ex paracaidista del ejército que colaboraba en tareas de inteligencia, no había regresado a la casa de sus padres, quienes comenzaron a sentirse preocupados al ver que la comida quedó esa noche servida sobre la estufa.

Durante esos días de zozobra, la familia Echeverry no durmió. La pericia investigativa de Édison padre y su desespero, lo llevaron a encontrar varias pistas y testigos clave que le permitieron descifrar el misterio, hallar el cuerpo de su hijo e incriminar a los responsables, un oficial, una suboficial y cinco agentes de la Sijín del Valle.

A pesar del drama, Édison Echeverry puede considerarse afortunado, pues es uno de los pocos casos de desaparición forzada, de los 4 mil que se calculan en Colombia desde 1977, cuyo caso se resolvió, al menos parcialmente, pues su cuerpo fue encontrado y los responsables, condenados, tanto en la justicia ordinaria como en la militar.

Y es que en Colombia el verbo desaparecer comenzó a formar

parte del léxico habitual del conflicto armado. Y si se tienen en cuenta algunas cifras de ONG de derechos humanos, las veces en las que el verbo desaparecer se ha conjugado en Colombia podrían ser 10 mil, lo que pondría al país al mismo nivel de Argentina en la época de la represión más intensa de la dictadura militar.

El libro *Desaparecidos El drama de las familias*, del periodista Hernando Salazar Palacio y publicado por Intermedio Editores, relata los testimonios de seis casos con la precisión de un investigador y un estilo periodístico ágil que mantiene en vilo la atención del lector.

No pretende ser un estudio sobre el fenómeno de la desaparición forzada. Solo busca ejemplificar una práctica atroz que

aún no es considerada como delito, y que según las normas disciplinarias, es una falta grave de los servidores públicos.

El libro relata las historias de los Ascanio, una familia de Norte de Santander que se cansó de ver desaparecer a varios de sus miembros. O la odisea de doña Fabiola Lalinde, quien durante 15 años luchó para que el Estado finalmente le devolviera unos pocos huesos, lo único que quedó de su hijo Luis Fernando.

Historias, como dice su autor, no solo de los que se llevaron, sino de los que se quedaron, sumidos en la incertidumbre, para reclamar justicia y una explicación de lo que ocurrió con sus seres queridos.

*Desaparecidos* quiere ayudar —dice su autor en el prólogo— a romper la indiferencia y a construir memoria en medio de la amnesia colectiva para mantener vivo el recuerdo de las personas que se llevaron.